

EN EL CENTENARIO DEL AMAUTA**MARIATEGUI Y LA EMANCIPACION REGIONAL**Jose Gabriel Valdivia A.¹**INTRODUCCION**

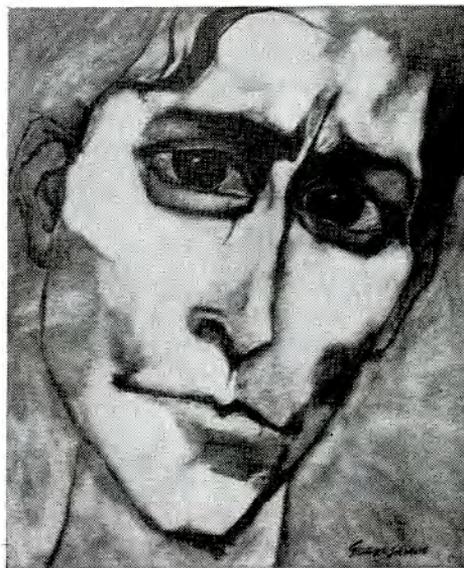
Nos preocupa desentrañar qué motivó a Mariátegui, considerar la centralista división política del Perú, y a cuestionar la ausencia de participación regional en el gobierno del país. Queremos también constatar cuánto del atraso de nuestra nación se debe a esta marcada concepción centralista, instalada en el inconsciente histórico nacional y convertida en la primera barrera política de consolidación de la unidad del Perú.

La revisión de ello nos lleva a desarrollar algunas hipótesis de trabajo para interpretar esa nueva visión del Perú propuesta por Mariátegui. Planteamiento que básicamente se enfrenta a otra forma de ver el Perú, tradicional y aristocrática, dominado por intereses de gamonales, criollos y herederos de encomenderos.

Mariátegui percibió que la extraña y caprichosa división política del Perú, no estaba de acuerdo con sus características sociales y económicas, menos con su naturaleza geográfica ni su trayectoria histórica. Definió con mucha claridad que toda división del Perú debería partir de su realidad socioeconómica y de su potencial de recursos naturales y humanos.

Si en un momento inaugural prehispánico, expresado por nuestras comunidades nativas, el diseño político obedeció a otra concepción y a otras necesidades; el modelo virreynal establece una división territorial arbitraria.

El reto inicial entonces, es pensar que para desarrollar el Perú-vía cualquier sistema económico-las cuestiones de regionalismo y centralismo, son necesarios tópicos de reflexión para el logro de un proyecto nacional armónico y sostenido. Superado el federalismo y teniendo en cuenta que los países pobres son los más centralistas del planeta, urge que se sume el elemento regional al espíritu de esta época.



¿Hasta donde el pensamiento mariateguiano sigue vigente en sus especulaciones regionalistas?, ¿Cómo podemos impulsar una verdadera línea de acción regional que no contradiga lo nacional, pero que sí destruya esa obsoleta mentalidad centralista? Respondámonos también, ¿hasta dónde los conceptos de descentralismo burocrático y desconcentración administrativa, son el embozo de un astuto espíritu centralista?.

Desde 1928 hasta 1994 han pasado más de seis décadas. El Perú que vivió, sintió y pensó Mariátegui no es el mismo, pero es aún más pobre, con mayores problemas y grandes frustraciones.

EL SENTIMIENTO REGIONALISTA

La primera constatación que menciona Mariátegui en su estudio sobre la cuestión del regionalismo en el Perú es «la existencia de un sentimiento regionalista» que se manifiesta sobre todo en los pueblos del sur del Perú. Esta observación se justifica para el Amauta, puesto que el sur peruano tiene una prosapia formativa

1. Licenciado en literatura y lingüística. Poeta

esencialmente serrana con una ideología regionalista y contestataria.

Pero más allá de sus legítimas reivindicaciones, este sano sentimiento regionalista no ha logrado cuajar un programa concreto, una propuesta coherente que se articule con la realidad nacional. Sólo fueron momentáneos arrebatos guiados por gamonales caudillistas que organizaron a montoneros sin ideario.

Una muestra de estas esporádicas insurgencias regionales en el plano nacional la podemos percibir en el área literaria, donde a principios de siglo aparecen movimientos importantes que logran su reconocimiento en la capital. Nos referimos al movimiento surgido en el Cusco, con las plumas de Luis E. Valcarcel, José Gabriel Cossio, Uriel García. Igualmente el grupo Orkopata en Puno con los Hermanos Peralta, Inocencio Mamani, Emilio Romero, Emilio Armaza, entre otros. Y por último, los Aquelarre en Arequipa, o también los animadores de la revista Letras en Tacna a finales del siglo XIX.

Estas expresiones literarias tuvieron sus bemoles de regionalismo y de indigenidad, y sirvieron para recalcar que el telúrico territorio sur peruano era distinto a los del Norte, Centro (sin Lima) u Oriente, en cuanto a su aspiración regionalista y su confrontación con el centralismo limeño.

Mas estas iniciales preocupaciones intelectuales, no llegaron a plasmarse en plataformas ideológicas, ni en constantes acciones políticas que reformularan la organización del Estado peruano. Tuvo que aparecer un nuevo espíritu de época, una «nouvelle generation» para iniciar las reflexiones acerca de la realidad peruana y tratar de encauzar los sentimientos, aspiraciones, reivindicaciones, reclamos y descontentos regionalistas, desde una perspectiva histórica, social, económica y popular; y no solamente política, abstracta y grupal.

EL IDEARIO REGIONALISTA

Mariátegui acusa a la corriente regionalista existente, de no responder a un ideario, a un programa y de sólo haber utilizado el tema para meras discusiones entre conservadores y liberales, o para rellenar los postulados demagógicos de los partidos aparecidos en nuestra vida republicana hasta ese entonces.

Por eso cuando afirma que en nuestro país no ha existido «un movimiento, una corriente, un programa regionalista», cuestiona el espíritu gamonalista y anti-indígena de las clases políticas herederas de la aristocracia feudal y de los encomenderos.

La mentalidad aristocrática de la clase política que dirigió el Perú en el Siglo XIX y comienzos del siglo XX, no pudo heredar a las generaciones posteriores, la nue-

va visión que el Perú reclamaba. Por ello, cuando se afirma que el debate regionalista tiene larga data en nuestra patria, podemos responder que es cierto, pero tiene una anémica discusión que sólo ha fructificado legislaciones, entes burocráticos y mayores cupos en el Parlamento: jamás desarrollo para las provincias del Perú.

La carencia de un ideario regionalista que respondiera a las necesidades de las mayorías provincianas, no permitió la forja de una acción concreta en el plano económico y social que modificara la estructura y mentalidad centralista que recorre el sistema cardiovascular de nuestra formación social.

No se trata sólo de descentralizar, sino de crear las nuevas bases económico-sociales regionales que mentalizen la necesidad de construir el país, desde nosotros mismos, para así garantizar la vida democrática de las futuras regiones.

BIOLOGIA DE LA REGION

La referencia europea (España, Italia y Francia) que menciona Mariátegui para ilustrar la conformación regional de Occidente, es capital para luego ingresar al análisis de la composición regional en el Perú. Su insistencia en que una región no es un órgano político ni administrativo con plenas autonomías, sino que es una categoría geográfica, sociohistórica, lingüística y cultural, está en la base gnoseológica de sus reflexiones.

En el pasado milenarismo los grandes estados aborígenes tuvieron como sede de sus gobiernos, regiones serranas, interandinas (Tiwanaqu, Wari e Inca). Pero también, los más remotos se ubican en lugares costeros (Nasca, Paracas, Chimú, Mochica, Chavín), aunque algunos postulan que fueron Señoríos más que grandes estados. Lo cierto es que la visión del mundo, milenariamente, nos viene de la Cordillera de los Andes. Con ella se dominaron los distintos y variados pisos ecológicos (Costa, Sierra y Selva) y se dependió de la sabia disposición de la naturaleza. De ella devino un régimen social, económico y la consecuente organización política y planificación urbana.

Si en Europa se distingue el campo (feudal) de la ciudad (burgués); en el Perú, se distingue una dualidad natural entre costa y sierra. Los antiguos peruanos tuvieron un mayor desarrollo en los pagos serranos y una estructura de caminos que respondían a ese tipo de geografía política. La llegada de los españoles no va a suplantarse esta organización, sino que la va a ignorar, imponiendo otra, casi caprichosamente, y por impulsos románticos.

Este espíritu del conquistador dará más importancia a la costa por su cercanía al mar, ya que la vía de comunicación marítima era la más desarrollada y la única

que los conectaba con la «Madre Patria». Todas las manifestaciones indígenas fueron borradas de la costa, estas buscaron refugio en las serranías. Así nacieron dos regionalidades (nacionalidades), una costeña típicamente hispana; otra serrana, esencialmente indígena. Las lenguas corrieron igual suerte, la praxis socio cultural y socioeconómica convulsionó. Una nueva capital representará la sede del poder virreynal, esa será Lima, nuevas ciudades aparecerán en el horizonte colonial (Piura, Trujillo, Arequipa). Empieza entonces a engendrarse un problema de dualidad de raza, *de lengua y de sentimiento*.

Pero más allá de esta dualidad, aparece una nueva contradicción entre la capital (herencia virreynal) y las provincias (audiencias, luego departamentos). Surge así, en consecuencia, una dualidad política. Si antes existió una concepción de un Perú desde la sierra hacia la costa, aparece una nueva concepción del Perú centrada en la costa.

Los españoles que logran ascender a la sierra, se integran a la vida indígena y a la acción de la espada se suma la cruz (nuevo elemento de dualidad). Estos españoles, luego criollos, finalmente mestizos o «indios blancos», van imponiendo una suerte de caciquismo (gamonalismo) y curaquismo, convirtiéndose en los agentes y representantes de la corona española en los lejanos lares andinos y manejando a las masas indígenas de acuerdo a los intereses de encomenderos y feudalistas.

Todo el programa colonialista engrandeció Lima, tal es así que hoy por su hiperbolización concentradora, no puede exhibir su grandeza arquitectónica al mundo entero. De igual modo, se priorizó el desarrollo de ciudades costeñas en desmedro de las serranas. Las dificultades de unir el Perú a la capital, fueron solucionadas por vía marítima, la sierra entonces se vio obligada a acercarse a los puertos para llegar a la capital. Esto demostró que longitudinalmente la sierra no podía conectarse, menos la costa con redes de caminos reales. A lo geográfico y sociocultural que escindió la costa de la sierra, se tuvo que agregar lo político y administrativo, devenidos de una causal estrictamente económica.

DUALIDAD Y PLURALIDAD

Al finalizar el presente siglo, podemos afirmar que aún permanece en la base de nuestra nacionalidad una innegable dualidad. Si la regionalidad debe tener una base sociohistórica, debe considerar primigeniamente la andina o indígena, y luego, la española o europea. No hay otra forma de comprender una supuesta nacionalidad que no replantee cómo se han interrelacionado estos dos mayoritarios componentes de nuestra base

social, histórica y cultural.

Si Mariátegui comprendió que el problema del indio y el de la tierra estaban en la base de la estructura de la realidad nacional, hoy, podemos seguir sosteniendo que la pugna regionalismo/centralismo sigue en el índice del petitorio nacional. Al reflexionar debemos contemplar a ese vasto sector de migrantes serranos asentados en Lima, en la costa norte y sur, y en las principales ciudades «desarrolladas» de la serranía, buscando una forma de contribuir, no sólo al desarrollo del Perú, sino a su engrandecimiento.

Este ingente sector social está conformando una nueva forma de hacer Perú. Digámosles ex-indios, acholados, chicheros, acriollados o igualados, pero reconozcamos que desde su praxis socio-cultural y sus conductas de sobrevivencia, están aportando a ese nuevo mestizaje que está uniformizando al Perú. Allí no podemos hablar de pluriculturalidad, eso es un eufemismo de otras épocas que diferencia más a los peruanos. No podemos ocultar que esas dos grandes vertientes de nuestra historicidad se va perfilando una diferente que ha de rubricar la futura patria peruana.

Los privilegios de quienes ostentan, casi siempre, la representación de los gobiernos, responden a la herencia de las viejas aristocracias, o de los mercaderes importadores o exportadores. Ellos son quienes propugnan solapadamente el centralismo democrático y sarcásticamente ofrecen un descentralismo burocrático. Siempre que alguna manifestación provinciana, trate de usurparles decisiones en la vida del país, serán los primeros en enrostrar el interés nacional. Los hombres nuevos que reclamaba Mariátegui han disminuido y han buscado el engrandecimiento de Lima en desmedro de las provincias.

Autonomías municipales, gobiernos regionales y descentralización administrativa, tienen que darse a partir del entendimiento de que la regionalización del país es impostergable, ya que la aspiración de desarrollo de las mayorías provincianas, no es caballito de batalla de populistas, apristas, izquierdistas, ni neoliberalistas, sino que es una exigencia de todos los peruanos y peruanas.

que los conectaba con la «Madre Patria». Todas las manifestaciones indígenas fueron borradas de la costa, estas buscaron refugio en las serranías. Así nacieron dos regionalidades (nacionalidades), una costeña típicamente hispana; otra serrana, esencialmente indígena. Las lenguas corrieron igual suerte, la praxis socio cultural y socioeconómica convulsionó. Una nueva capital representará la sede del poder virreynal, esa será Lima, nuevas ciudades aparecerán en el horizonte colonial (Piura, Trujillo, Arequipa). Empieza entonces a engendrarse un problema de dualidad de raza, *de lengua y de sentimiento*.

Pero más allá de esta dualidad, aparece una nueva contradicción entre la capital (herencia virreynal) y las provincias (audiencias, luego departamentos). Surge así, en consecuencia, una dualidad política. Si antes existió una concepción de un Perú desde la sierra hacia la costa, aparece una nueva concepción del Perú centrada en la costa.

Los españoles que logran ascender a la sierra, se integran a la vida indígena y a la acción de la espada se suma la cruz (nuevo elemento de dualidad). Estos españoles, luego criollos, finalmente mestizos o «indios blancos», van imponiendo una suerte de caciquismo (gamonalismo) y curaquismo, convirtiéndose en los agentes y representantes de la corona española en los lejanos lares andinos y manejando a las masas indígenas de acuerdo a los intereses de encomenderos y feudalistas.

Todo el programa colonialista engrandeció Lima, tal es así que hoy por su hiperbolización concentradora, no puede exhibir su grandeza arquitectónica al mundo entero. De igual modo, se priorizó el desarrollo de ciudades costeñas en desmedro de las serranas. Las dificultades de unir el Perú a la capital, fueron solucionadas por vía marítima, la sierra entonces se vio obligada a acercarse a los puertos para llegar a la capital. Esto demostró que longitudinalmente la sierra no podía conectarse, menos la costa con redes de caminos reales. A lo geográfico y sociocultural que escindió la costa de la sierra, se tuvo que agregar lo político y administrativo, devenidos de una causal estrictamente económica.

DUALIDAD Y PLURALIDAD

Al finalizar el presente siglo, podemos afirmar que aún permanece en la base de nuestra nacionalidad una innegable dualidad. Si la regionalidad debe tener una base sociohistórica, debe considerar primigeniamente la andina o indígena, y luego, la española o europea. No hay otra forma de comprender una supuesta nacionalidad que no replantee cómo se han interrelacionado estos dos mayoritarios componentes de nuestra base

social, histórica y cultural.

Si Mariátegui comprendió que el problema del indio y el de la tierra estaban en la base de la estructura de la realidad nacional, hoy, podemos seguir sosteniendo que la pugna regionalismo/centralismo sigue en el índice del petitorio nacional. Al reflexionar debemos contemplar a ese vasto sector de migrantes serranos asentados en Lima, en la costa norte y sur, y en las principales ciudades «desarrolladas» de la serranía, buscando una forma de contribuir, no sólo al desarrollo del Perú, sino a su engrandecimiento.

Este ingente sector social está conformando una nueva forma de hacer Perú. Digámosles ex-indios, acholados, chicheros, acriollados o igualados, pero reconozcamos que desde su praxis socio-cultural y sus conductas de sobrevivencia, están aportando a ese nuevo mestizaje que está uniformizando al Perú. Allí no podemos hablar de pluriculturalidad, eso es un eufemismo de otras épocas que diferencia más a los peruanos. No podemos ocultar que esas dos grandes vertientes de nuestra historicidad se va perfilando una diferente que ha de rubricar la futura patria peruana.

Los privilegios de quienes ostentan, casi siempre, la representación de los gobiernos, responden a la herencia de las viejas aristocracias, o de los mercaderes importadores o exportadores. Ellos son quienes propugnan solapadamente el centralismo democrático y sarcásticamente ofrecen un descentralismo burocrático. Siempre que alguna manifestación provinciana, trate de usurparles decisiones en la vida del país, serán los primeros en enrostrar el interés nacional. Los hombres nuevos que reclamaba Mariátegui han disminuido y han buscado el engrandecimiento de Lima en desmedro de las provincias.

Autonomías municipales, gobiernos regionales y descentralización administrativa, tienen que darse a partir del entendimiento de que la regionalización del país es impostergable, ya que la aspiración de desarrollo de las mayorías provincianas, no es caballito de batalla de populistas, apristas, izquierdistas, ni neoliberalistas, sino que es una exigencia de todos los peruanos y peruanas.